

# **Acertijo**

**Mónica Rosón Castro**

*"Tenga usted mi buen Rey, este vaso de vino  
un ave lo llevaba hacia su nido.  
Subido vengo en lo que fue engendrado y no fue nacido.  
Por montura y riendas a su madre he traído".*

**Y** así, tras una serie de chistes y ocurrencias de todos los que allí se hallaban sentados a la mesa, sin nada más en el ambiente que la sensación de saciedad que les había producido la sopa de tomate y el secreto a la brasa que había preparado la abuela, Pedro soltó aquel acertijo que dejó pensando a toda la familia y que además cortó el punto de más de uno. El abuelo decidió que ya era hora de que se marchasen a sus respectivas casas.

- Bueno, a ver si alguno lo sabe. Así tendréis algo que hacer estos días aparte de pensar en tonterías —dijo el abuelo, instando a todos a dar la solución en una semana y dando por concluida la velada al levantarse de la mesa. Estaba acostumbrado a hacer lo que le daba la gana.

La verdad, es que más que el acertijo en sí lo que a todos sorprendió fue el hecho de que el abuelo interviniese hablando de algo que no tuviera relación o con política o con el molesto ladrido del perro de la casa de al lado. Así que en el fondo les alegró que hablara de algo distinto.

Pedro era un hombre de campo, se había criado en una familia de bien, situada económica y socialmente a un buen nivel en el pueblo en el que vivían, pero siempre lo habían tratado como al criado de la casa, lo que provocó que se marchara a buscarse la vida con apenas diecisiete años. Ya rondaba los ochenta y cada día que pasaba su carácter se tornaba más intransigente, cascarrabias y desdeñoso, se comportaba como si sus hijas y su esposa tuvieran la culpa de todo, nunca se hizo querer, pero tenía la suerte de contar con Ana, su esposa, ella era todo lo contrario y siempre hacía de parapeto ante los demás y aunque empezaba a estar cansada de llevar una vida entera de quejas y mal humores no perdía ocasión para justificar sus malas actitudes amparándose en lo mal que Pedro lo había pasado en su juventud y lo traumática que ésta había sido.

Amalia y Carmen, sus hijas, habían marchado a la ciudad para estudiar, algo que les sirvió de excusa para alejarse al menos durante temporadas, de la presencia de su padre.

Ana, miraba a un lado y a otro pensando, no podía encontrar explicación a por qué había tenido que soltarlo, ella sabía la historia real, el origen de ese acertijo y nunca pensó que Pedro tendría la sangre fría de contárselo a sus hijas.

---

Todos se despidieron y se marcharon a sus casas. Toni y Pedrito los hijos de Amalia se quedaron en casa de los abuelos, era tarde y se habían dormido en el sofá.

A la mañana siguiente, Amalia se disponía a preparar ese bizcocho de cardamomo que tanto le gustaba, inventó la receta después de varios intentos fallidos, tenía cierta actitud rebelde incluso en la cocina, imaginaba los platos, pasaba horas mirando recetas y al final nunca las seguía, prefería equivocarse a aburrirse siguiendo un guión.

Precisamente esa imaginación era la que la convertía en objetivo de todos para encontrar la solución. Además, su padre nunca había confiado en ella y quizás esta sería una absurda forma de demostrarle su capacidad. Siempre intentó captar su atención pero él nunca se fijó en ella, es más, intentaba ridiculizarla desde pequeña pero Amalia lejos de odiarlo, sólo buscaba el amor de su padre.

En casa de los abuelos todo era silencio y olor a potaje de acelgas con bacalao. Ana acostumbraba a cocinar temprano, el sueño ya no llenaba sus noches y al primer despunte del alba ya estaba metida en la cocina. Como cada domingo todos vendrían a comer los garbanzos de la abuela. Bordaba los potajes, nadie le daba ese punto tan rico al bacalao.

La familia se reunía a comer cada domingo sin excepción, la cena de la noche anterior había sido una casualidad. Amalia y Enrique fueron a llevarles a los niños, pensaban salir a cenar solos pero estaban al borde de la ruptura y cualquier excusa era buena para eludir un momento de intimidad, así que aprovecharon que Carmen y Luis estaban allí para decidir quedarse a cenar con ellos. Estos últimos habían estado unos días fuera, visitando varias ciudades. Adoraban coger el coche y no llevar una ruta fija. Carmen hizo lo que acostumbraba, comprar cualquier producto típico que se encontraba por el camino. A la vuelta decidieron pasar a visitar a los abuelos y así dejarles lomo de orza y vino que habían comprado en Tomelloso.

Amalia no quería ir a comer, la verdad es que normalmente no le apetecía. Quería a su hermana, pero siempre sintió celos. Carmen era el ojito derecho de su padre y se permitía actitudes con él que para su hermana mayor eran impensables. Así que lo único a favor de ir allí era su madre.

---

Sabía que la mirada de su padre estaría posada en ella cada diez minutos con esa expresión de poco cariño con que la miraba. Pero una vez más acabó asistiendo. Sabía que si no iba su madre sufriría, Ana siempre sufría por todo.

Llegó con la mesa puesta, la primera mirada de su padre fue de desaprobación, así que saludó y se fue directa a la cocina a probar los garbanzos y dar la enhorabuena a su madre, su padre jamás alababa sus platos, es más, solía centrarse en algún posible fallo de la comida, algo que a Amalia molestaba soberanamente y por tanto intentaba compensar. Siempre había una especie de guerra encubierta, eso, y que sus opiniones acerca de cualquier asunto eran totalmente dispares, solía provocar tensiones que incomodaban al resto de la familia.

Aquel día, la verdad es que los garbanzos estaban duros, Ana no tenía la cabeza en los fogones, se la veía triste, algo despistada. Aún así, Amalia no cedió en su empeño de congratular a su madre ante la despectiva mirada de su padre.

Terminaron de comer y ella fingió sentirse mal, así, evitando el café y los frisuelos que Carmen también había traído, cogieron las cosas de los niños y se marcharon a casa.

Media hora de camino en la que los niños se durmieron y ella no abrió la boca. Enrique tampoco dijo nada, él nunca opinaba, ni para bien ni para mal. Amalia pensaba que había tenido más suerte que su madre, no era feliz pero al menos su marido no hacía ruido, no tenía a su lado un cascarrabias.

- No entiendo por qué tienes que ser así con ella. Siempre intentó agradarte, deberías avergonzarte por cada mirada o palabra sin cariño que le has dedicado. Cuando se acepta algo se hace con todas las consecuencias, te lo dije hace cuarenta años —dijo Ana a su marido y se metió en la cocina.

Era su reducto, siempre encontraba algo que hacer, croquetas para sus nietos, caldo con las gallinas que le regalaba Úrsula, la vecina que tenía un pequeño terreno en las afueras y siempre le obsequiaba con pollos, huevos o las verduras que iba cultivando su anciano marido. Eran amigas, pero de esas que no se cuentan intimidades, ni cosas importantes.

Amalia también amaba la cocina, pero en su caso ese amor ocultaba un afán por agradar a todos, quizás causado por el trato recibido por su padre.

---

Decidió organizar una cena para unos amigos, así tendría la excusa perfecta para quedarse sola, pensando en sus cosas, porque si no era por ese motivo, Enrique rara vez se encargaba de los niños.

Sus cenas eran famosas entre el grupo de amistades de la pareja, era la anfitriona perfecta. Tenía pensado el menú, y como siempre hizo varias listas, la de la compra, la del orden de los platos, la de la secuencia a la hora de cocinar...Pero su cabeza seguía pensando en el acertijo, en realidad llevaba desde la noche del sábado con esto como único habitante de su cabeza.

De repente, uno de esos molestos mirlos que se comían las uvas de la parra del jardín y que luego lo manchaban todo con sus excrementos le dio una pista.

- ¿Y si con sus idas y venidas con comida al nido, cayó al suelo una semilla de uva por ejemplo y acabó naciendo una parra? —

La Lantana por ejemplo, se había reproducido así por todo el jardín.

De repente, mientras daba forma a las croquetas de berenjena, se dio cuenta de que posiblemente ahí estuviera algo de lo que buscaba y se sintió animada.

Mientras cocinaba solía escuchar la radio, bueno, más que escucharla gustaba del rumor de la música. Comenzó el parte de noticias de las cinco, estaba preparando una crema de boletus y castañas, olor a mantequilla derretida, cebolla pochada, las setas dorándose poco a poco... de repente, algo de lo que decían le llamó la atención y prestó atención. Una mujer embarazada murió en un bombardeo pero su bebé estaba vivo dentro de ella. Se dio cuenta de que igual ahí estaba la segunda parte de la solución.

- ¡Claro! —se dijo—de una madre muerta, llega un niño al mundo. Un potro nacido de una yegua muerta.

Iba emocionándose por momentos. Sacó una botella de vino de la nevera y la abrió, se sentó en una silla de la cocina y se tomó una copa, sentía la necesidad de tranquilizarse de algún modo y eso siempre funcionaba.

---

Así, algo más tranquila, acabó por llegar a la última conclusión, era probable que hubieran hecho la montura y las riendas con la piel de la yegua muerta.

Lo tenía, hacía mucho tiempo que no se sentía tan bien, esa sensación habitual en su vida de dejar las cosas a medias, no estaba presente. Estaba encantada, pero a la vez tenía un miedo que la hacía tambalearse.

Se terminó la copa de vino y sacó del horno el bacalao que había confitado, preparó el puré de patatas y ajo asado y recogió la cocina.

La tarde se había pasado volando y tuvo el tiempo justo para poner la mesa y cambiarse de ropa antes de recibir a sus invitados.

Al día siguiente era domingo, había pasado una semana a la que parecía que le habían robado días. Tocaba comida, pero en esta ocasión sí tenía ganas de ir, más bien estaba ansiosa por asistir. Enrique no sabía nada, ni él le preguntó durante la semana, ni tampoco ella tenía ganas de contárselo.

Al llegar a casa de sus padres, el olor a comida que traspasaba la puerta no era el habitual, Amalia tenía el corazón acelerado, tocó el timbre y repitió rutina. Entró, saludó y se fue a la cocina, el olor no era el del potaje de garbanzos de siempre, quizás, en lo que podía ser un acto de rebeldía de una señora de setenta años y que llevaba tres décadas cocinando lo mismo cada domingo, lo que había en la olla era arroz con cordero. Es como si Ana estuviera preparando de alguna manera el ambiente de batalla, Pedro odiaba el cordero, es más, sólo el olor ya le molestaba, aquella comida prometía.

Sin embargo, Amalia actuó en su interior se sentía feliz pensando en lo mucho que aquello podría estar irritando a su padre.

Llegaron los demás y se fueron sentando todos a la mesa. La comida transcurrió entre el reproche constante de su padre hacia el cordero, y las alabanzas que el resto de la familia dedicaron a la cocinera.

- Bueno, ¿alguien ha dado con la solución? —la verdad es que salvo Amalia, nadie más había pensado demasiado en el tema, es más, les daba a todos un poco o bastante, igual. Además estaban casi seguros de que incluso cabía la posibilidad de no tener solución, o de que aquello fuera un farol del

---

patriarca para quedar por encima de todos al tener que ser él quien revelase la solución. Pero la realidad no era esa.

- Papá, —Amalia respiró hondo y prosiguió—creo que lo tengo, pero si he acertado quiero que a cambio, me expliques de una vez por qué siempre me has tratado de distinta forma que a mi hermana, por qué he tenido la sensación constante de que era una carga para ti y que nunca me has querido. Creo que me lo debes. Crecí intentando agradarte a toda costa y siempre me has ignorado. Me has hecho pensar que no soy lo suficiente buena como para merecer tu cariño. —

Amalia estaba al borde del llanto, pero hace tiempo que había decidido no volver a derramar una sola lágrima por su padre.

Sin embargo no era la única a la que le brillaban los ojos. Carmen, su hermana pequeña y los respectivos maridos no decían nada, pero la tristeza en la mirada de Ana era tan honda, que sólo mirarla daba ganas de llorar.

En aquel momento, la comida se había convertido en un duelo en el que sólo estaban ellos dos. Nadie decía nada, sólo respiraban.

Por primera vez en su vida el padre, parecía prestar atención a algo que alguien de su familia le decía, así, asintiendo con la cabeza dio vía libre a su explicación.

Amalia se bebió una copa de vino casi de un sorbo, respiró profundamente y comenzó a hablar.

- Un pájaro vuela hacia su nido, lleva semillas de uva en el pico, estas semillas caen al suelo y crece una parra, de esta parra sale el vino para llenar la copa que lleva al Rey. El portador de la copa va montado sobre un potro que sacaron del vientre de una yegua muerta y cuya piel utilizaron para hacer las riendas y la montura —sintió como si hubiera ganado una larga carrera, incluso unas gotas de sudor se le resbalaban por el pecho.

- Ya está, ahí lo llevas papá. A ver ahora qué me dices tú.

Ahí estaban, padre e hija, uno delante del otro, los ojos vidriosos, en ella de emoción, dolor e incertidumbre, en él de odio, dolor y resentimiento.

---

- Hace ya muchos años, cuarenta para ser exactos, aunque cada noche lo recuerde como si estuviera ocurriendo en ese mismo instante, estaba trabajando de guarda en una finca, vivía allí. Nos acabábamos de casar, tu madre siempre tuvo varios pretendientes, era la más guapa del lugar y decidió elegirme a mí aunque yo no tenía casi donde caerme muerto. —

- ¡Pedro no sigas! —de repente Ana, con la voz rota, interrumpió a su marido, pero este no le hizo caso y siguió.

- El hijo mayor de Don Carlos nunca entendió como ella prefirió casarse conmigo en lugar de estar con él y ya me advirtió por la mañana que aquello no se quedaría así. La noche de bodas llegó borracho, echó la puerta abajo y entró en la casa en la que vivíamos, apuntándome con una escopeta y como si de un juego se tratase, me soltó este maldito acertijo, no supe resolverlo, me golpeó en la cabeza con la culata y perdí el conocimiento mientras lo escuchaba reír.

Nadie daba crédito a lo que estaban oyendo, aquello parecía una broma.

- Abusó de tu madre, Amalia y la dejó embarazada. No eres mi hija, pero sí hija de aquel que te engendró, algo me decía que serías tú quién resolviera este acertijo.

